

n.º 1

Fronteras Invisibles





Testimonio migrante

Testimonio migrante

Una vida marcada por la migración: veintitrés años fuera de Honduras truncados por las políticas actuales de Estados Unidos en 2025

Antes del viaje: el trabajo, las dificultades y la decisión de migrar

Soy una persona de 65 años; nací en una comunidad de Dulce Nombre de Culmí, del departamento de Olancho, Honduras. Antes de migrar a los Estados Unidos, trabajé en proyectos ambientales y sociales con organizaciones como Vecinos Mundiales. Uno de los trabajos más importantes que realicé fue la delimitación de la reserva de la biosfera del río Plátano. Durante ese periodo, visitaba comunidades, conversaba con la gente, les explicaba lo que era el proceso de reasentamiento voluntario, me dedicaba a dar charlas a comunidades afectadas por los desalojos impulsados por el Gobierno, explicando sus derechos. Aunque el objetivo era apoyar a las familias, algunos sectores poderosos se sintieron amenazados y comenzaron a hostigarme; la situación se volvió tensa, y aunque nunca me fui del país por miedo, sí entendí que mi presencia no era bienvenida por todos; no vieron eso con buenos ojos. Aunque recibí amenazas, no me fui de Honduras; me fui por algo aún más importante: mis hijos.

En 2002, cuando tenía 42 años, tomé la difícil decisión de migrar a los Estados Unidos. Algunos de mis hijos ya estaban entrando a la universidad, otros a la escuela; queríamos darles una educación sin sacrificar lo poco que teníamos aquí, por eso, junto con mi esposa decidimos que yo me iría con la intención de trabajar un tiempo y ahorrar, asegurar la formación de nuestros hijos y regresar. Mi vida ha estado marcada por el trabajo comunitario, la agricultura, la migración y, más recientemente, por el retorno a mi país tras veintitrés años en los Estados Unidos.

«Estamos hablando
de una vida
de veintitrés años
en los Estados Unidos».

El viaje y la llegada a Estados Unidos

El 29 de febrero de 2002, con visa de trabajo por un año, crucé la frontera. Empecé trabajando en silvicultura en Carolina del Norte, luego nos movieron a Nebraska, Virginia y Carolina del Sur, éramos alrededor de doscientas personas en el programa, provenientes de toda Centroamérica y Sudamérica.





Por varios años, renové mi permiso legalmente con ayuda de un patrón estadounidense, que solo cobraba lo justo por la gestión; yo siempre mantuve mi estatus legal, conservo aún mi número de seguro social. Luego de esto, a los cuatro años, llegó la recesión económica tras la guerra con Irak, y pasé por momentos muy duros; una señora me ofreció limpiar su sótano a cambio de poder dormir ahí. Durante dos meses viví en el sótano de esa casa —sin trabajo, sin documentos— gracias a la bondad de una señora que me ayudó a no terminar en la calle; fue duro, pero me mantuve firme.

Lentamente, las cosas mejoraron. Durante la presidencia de Obama, se abrieron nuevamente empleos, y aunque muchas veces no pedían documentos, siempre intenté hacer las cosas bien.

«Yo lo que obtenía
de mi trabajo
lo invertía
en mis hijos».

La familia y los sacrificios en Estados Unidos

Años después, decidí llevar a mis hijos, aunque fuera por medios irregulares; pagué coyotes —hasta 9 000 dólares por cada uno para cruzar la frontera—, procesos legales, fianzas y abogados. Una de mis hijas fue detenida, tuve que pagar 11 000 dólares para su liberación, más los costos del abogado y la persona que fuera ciudadana y que pudiera reclamarla. Dos de mis hijas sufrieron violencia, una de ellas fue golpeada por su pareja, aunque, gracias a la ley de protección por violencia, pudieron regularizar su situación migratoria; por esta razón pudieron iniciar un proceso legal que culminó en permisos de trabajo, posteriormente en la residencia y, más tarde, en la ciudadanía. Fue un proceso largo, costoso, pero les cambió la vida. Con mi esposa las cosas se complicaron, no pudimos llevarla a ella ni a mi hijo menor, que nació con síndrome de Down, epilepsia y distrofia muscular; intentamos traerlos, pero nunca nos dieron visa para ellos. Eso se convirtió en una herida abierta en el corazón.

«Lo único que me queda
es saber que ellos están bien,
tienen su ciudadanía
o residencia».

A pesar de haber vivido tantos años allí, yo no pude obtener la residencia, no cumplía los requisitos, no tenía un hijo mayor de 21 años ciudadano ni estaba casado con una ciudadana estadounidense; aun así, siempre me mantuve limpio, sin delitos, sin DUI y pagaba mis impuestos. Siempre soñé con regresar a Honduras y construir mi casa, nunca fue mi intención quedarme para siempre.



La detención y deportación

Después de muchos años, en 2025 trabajaba en California, en un vivero especializado en cultivos de hortalizas donde se cultivaba cannabis legal. Mi experiencia en agricultura me ayudó a integrarme bien, me encargaba del control biológico de plagas, trabajaba con microscopios, analizaba enfermedades en las plantas; pero un día todo cambió: el 10 de julio de este año, agentes de ICE entraron violentamente al vivero, sin orden judicial, derribando portones, neutralizaron las cámaras de seguridad y amordazaron a los guardias; ellos capturaron a unas ochocientas personas, yo era una de ellas. Dos personas murieron en ese operativo, una mujer falleció por el estrés de ser separada de sus hijos pequeños y otra persona cayó del techo intentando escapar.

«El trato fue inhumano...
y eso que estábamos
en el estado más rico
del mundo».

Estuve dieciséis días en detención; primero en Camarillo, luego en Los Ángeles. Durante esos días, el trato fue inhumano, dormíamos en el suelo, comíamos mal, sin privacidad ni atención adecuada. A pesar de no tener antecedentes y de tener hijos ciudadanos y solicitudes legales en curso, fui deportado sin proceso. Regresé a Honduras el 26 de julio de 2025; me ofrecieron apelar mi caso, pero hacerlo significaba pagar más de diez mil dólares entre abogado, fianza y trámites, y no los tenía.

«Nos capturaron
sin orden judicial,
tumbaron los portones,
amarraron
a los *securities*
y desconectaron
las cámaras».

El retorno: volver a un país que ya no reconozco

Volver al país fue un choque emocional, difícil; ya no estoy con mi esposa, nos separamos; mis hijos están allá en los Estados Unidos; llegué con problemas de salud, hipertensión, colesterol alto, hígado graso, próstata inflamada y sin un centavo. Todo esto me lo detectaron después de llegar al país; me atienden en clínicas privadas, porque el sistema público no da abasto. En este caso vivo con el apoyo de mis hermanos y mi madre.

«Dormimos en el suelo
durante tres días,
sin privacidad
para ir al baño».



El 26 de julio de 2025 fui deportado a Honduras, regresé a un país que ya no reconocía. El país ha cambiado, ya no reconozco las calles ni a las personas; todo había cambiado, mi familia también. Volví sin casa, sin propiedad, sin salud.

Al llegar a Honduras, me ayudaron con un pasaje, una revisión médica básica y un número de teléfono —para supuestos programas de reintegración— que nunca contestan. Tenía la esperanza de encontrar apoyo; cuando me dieron un número en el aeropuerto, prometieron proyectos y ayuda, pero nunca respondieron; todo quedó en palabras. Lo único que conservo es mi terreno en mi pueblo.

Con esfuerzo y la ayuda de mi familia, he comenzado a criar ganado; compré doce toretes, ese es mi nuevo comienzo para iniciar algo en ganadería y sueño con montar una pequeña galponera de quinientas gallinas ponedoras. Tengo conocimientos en agricultura, pero con 65 años empezar desde cero no es fácil.

No tengo casa aún, perdí lo que construí junto a mi esposa; lo que me mantiene de pie es la fe en Dios y el amor de mi hermana, quien me ha tendido la mano desde el primer día. También me siento orgulloso de haber ayudado a mis hijos a salir adelante, incluso si eso significó perderlo todo.

Nunca soñé quedarme en los Estados Unidos, siempre quise volver, solo que ahora vuelvo con las manos vacías, pero con el corazón lleno de esperanza. Mi meta ahora es construir una pequeña galponería para criar aves, levantar una casa y seguir trabajando; no quiero estar sentado.

Este país no es fácil, pero sigue siendo mi tierra, y aunque duele cómo nos reciben, sigo creyendo que aquí también hay oportunidades, solo hay que luchar por ellas.

Sin recursos, con salud quebrantada, pero con la dignidad intacta, creo en Dios y en el trabajo; estoy dispuesto a trabajar, a empezar de nuevo, aunque el país y el sistema no estén preparados para recibirnos como dicen.

Migrar no fue un sueño americano, fue una necesidad; volver no fue un retorno feliz, fue una consecuencia de un sistema que empuja y luego olvida.

Hoy, después de haberlo perdido casi todo —terrenos, ganado, casa— y de haberlo entregado todo a mi familia, estoy aquí.

«Este país no es fácil,
pero sigue siendo mi tierra,
y aunque duele
cómo nos reciben,
sigo creyendo que aquí
también hay oportunidades,
solo hay que luchar por ellas».



Reflexión final

Reflexión final

César Castillo¹

El testimonio aquí expuesto no es solamente la historia de este hondureño de 65 años, sino también un reflejo de las complejas dinámicas que marcaron la experiencia migratoria de los hondureños durante las últimas décadas; esto permite visualizar las diferentes dimensiones de la experiencia migratoria, marcada no solo por la salida del país de origen, sino también por un retorno impuesto y precarizado.

Lo que comenzó como una decisión motivada por el deseo de tener una vida mejor para él y su familia, se transformó en lo que le sucede frecuentemente a nuestros compatriotas: un sacrificio de muchas horas de trabajo, penurias, clandestinidad, silencio y, finalmente, la deportación hacia un país que abandonó ya hace veintitrés años y del cual ya no tiene arraigo.

A través del testimonio de una vida de sacrificio en torno al trabajo y la familia, se evidencia como después de muchos años de permanecer fuera, las políticas migratorias restrictivas y sin el respeto a los derechos humanos de las personas en los Estados Unidos, particularmente las implementadas a partir de 2016 y recrudecidas en 2025, generan consecuencias desestabilizadoras para los migrantes, no solo a los que recientemente emprendieron la migración, sino a los que ya han permanecido durante muchos años en los Estados Unidos.

Aunque la evidencia nos muestra que las personas que emprenden la migración lo hacen con la idea de generar recursos durante algunos años y luego retornar, muchas de ellas no lo logran. En este caso, el proceso migratorio respondió a esa estrategia de facilitar a su familia una vida mejor, convirtiéndose en proveedor transnacional, asumiendo riesgos económicos, legales y personales con el fin de garantizar las mejores condiciones a los miembros de su hogar. Esta historia desafía la noción del «sueño americano» como proyecto individual de éxito y lo reconfigura como una estrategia colectiva de los hogares ante la situación de pobreza estructural y de la exclusión de los procesos de desarrollo en el país.

El retorno forzado, producto de las redadas migratorias y la cacería hacia nuestros compatriotas en los Estados Unidos sin el debido proceso legal, expone la fragilidad de los derechos humanos y la criminalización de los trabajadores indocumentados, incluso en detrimento de las necesidades de su fuerza laboral.

Este caso, como muchos otros, se inscribe en un patrón más amplio de migraciones irregulares, donde los sujetos migran; luego de cierto tiempo, logran los recursos, pero no para mejorar sus condiciones, sino para lograr la migración de los demás miembros de su hogar en busca de mejores condiciones.

¹ Profesor investigador de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras y coordinador del Observatorio de Migraciones Internacionales en Honduras (OMIH), del Instituto de Investigaciones Sociales.

La situación más complicada es el retorno a un hogar que no existe, a un país transformado, donde los factores de exclusión estructural que obligaron a abandonarlo persisten y se profundizan con el tiempo, donde, a pesar de los programas de retorno digno, tanto en asistencia humanitaria como en desarrollo, no se convierten en mecanismos reales de acompañamiento para mejorar sus condiciones de salud física y emocional, vivienda o inserción productiva.

No se aprovecha el capital humano acumulado por el migrante —en conocimientos agrícolas, redes sociales, experiencia laboral transnacional—, quedando subutilizado ante la ausencia de políticas públicas integrales, además de poner en evidencia la nula articulación entre las diferentes instituciones del Estado, la sociedad civil y la empresa privada para garantizar una reintegración efectiva.

Sin embargo, el retorno también revela la capacidad de tomar decisiones y actuar en la adversidad, así como la de tomar medidas para afrontar desafíos y recuperarse de ellos, fortaleciéndose el deseo de seguir aportando a la comunidad, en este caso, desde el trabajo y el emprendimiento ganadero.

Este testimonio demanda una lectura interseccional y profunda del fenómeno migratorio debido a que confluyen factores políticos, económicos y sociales, tanto en el país de origen como en el de destino; asimismo, evidencia la urgencia de repensar los modelos de gobernanza migratoria transnacional, de trabajar de manera conjunta la migración y de revisar críticamente los mecanismos de deportación masiva, así como de fortalecer las políticas de reintegración con enfoque en los derechos de nuestros migrantes, que tanto han aportado a la economía del país para mejorar las condiciones de vida de los miembros de sus hogares a través de las remesas.

La historia de este hondureño no es solo una experiencia individual, sino un ejemplo de las condiciones de muchos de nuestros compatriotas. Es un testimonio vivo que interpela al Estado, a la sociedad y a la comunidad internacional sobre los costos humanos de la migración y la deuda pendiente con quienes, después de darlo todo, regresan con las manos vacías, pero con la dignidad y el deseo de trabajar y empezar una nueva vida; de aquellos que, a pesar de la edad, y sus condiciones de salud, buscan integrarse a una comunidad con la que ya no se identifican.

«El retorno forzado, producto de las redadas migratorias y la cacería hacia nuestros compatriotas en los Estados Unidos sin el debido proceso legal, expone la fragilidad de los derechos humanos y la criminalización de los trabajadores indocumentados, incluso en detrimento de las necesidades de su fuerza laboral».



Universidad Nacional Autónoma de Honduras

Rector: Dr. Odir Aarón Fernández Flores

Vicerrectoría académica: Dra. Lourdes Rosario Murcia Carbajal

Facultad de Ciencias Sociales

Decana: Mtr. Carmen Julia Fajardo Cardona

Instituto de Investigaciones Sociales

Director: Dr. Héctor Alcides Figueroa Escobar

Coordinador OMIH

Mtr. César Castillo

Investigador

Mtr. César Castillo

Colaboración técnica

Mtr. Rosa Funes

Editorial Universitaria

Director: Dr. Carlos Ordóñez

Editora jefa: Mtr. Dilia Martínez

Diseño y diagramación

Lic. Luis Matute

Corrección de estilo

Mtr. Miguel Raudales

©Instituto de Investigaciones Sociales
Observatorio de las Migraciones Internacionales en Honduras (OMIH)
Edificio C3, 4.º nivel, aula 403

Esta publicación es de acceso abierto. Su contenido puede utilizarse, reproducirse y compartirse libremente en cualquier medio, siempre que se cite la fuente y se reconozca la autoría. Se prohíbe su venta o utilización con fines comerciales.